



Canalizar la energía de hijos e hijas en forma positiva.

La violencia... como el Sida

BRUNO FERRERO

Una tarde de otoño de 1857, Don Bosco aguardaba el ferrocarril a Turín, y un grupo de muchachos jugaba ruidosamente. Acercándose, el grupo se dispersó, permaneciendo uno, desafiante, con las manos en la cintura. Se llamaba Miguel Magone, y se mostraba orgulloso de su agresividad. El santo intuyó que toda esa altanería y prepotencia podrían transformarse.

A un año y pocos meses, escribiendo la vida de su alumno, manifiesta: "De carácter fogoso, a veces se dejaba llevar por arranques de cólera. Bastaba llamarle la atención para calmarlo, y de inmediato, pesaroso por su estallido, buscaba al compañero ofendido para pedirle disculpas"

La violencia se está convirtiendo en el Sida de nuestra sociedad. Si vivimos en un ambiente agresivo y destructor, terminamos siendo violentos. Es el peligro de nuestros chicos; es epidémica. Podemos advertirlo sintonizando un noticiero: guerras en vivo y en directo, pedreas y destrozos de exaltados de cualquier signo; procedimientos policiales y militares inhumanos; detalles de crímenes que excitan el morbo... Todo esto enciende la "fascinación" por lo perverso.

Entre los jóvenes, actualmente, hay una demanda de espectáculos violentos: para salir de lo ordinario, por aburrimiento, para probar

sensaciones siempre más fuertes, que, como cualquier droga, obligan a aumentar la intensidad y la novedad, para superar la rutina.

Los mismos padres, a veces, incitan a una competitividad exagerada. Los prepotentes parecen ganar siempre. El deporte puede ser un óptimo instrumento de canalización de la agresividad, pero el fenómeno de las "barras bravas" lo convierte en un pretexto para batallas absurdas.

Por todo esto, es importante ayudar a los hijos a no caer en la trampa de la violencia. Para eso, pueden tenerse en cuenta estos elementos:

¿Quiero construir o destruir?

Ésta debe ser la pregunta que deben hacerse los padres y madres frente a cualquier comportamiento violento de sus hijos e hijas. Construir significa evitar "la lucha por el poder", persuadir y no discutir, canalizar la energía de los hijos e hijas en forma positiva.



Hablar a menudo con ellos sobre sus sueños, gustos, ilusiones, esperanzas.

Impedir el aburrimiento y el ocio

Los chicos y chicas que no tienen nada que hacer, tienden a "desahogarse" con comportamientos agresivos inútiles.

No premiar conductas violentas

Los padres deben hacer sentir firmemente que la agresividad "no tiene suerte" y no merece ninguna recompensa. Si ellos están acostumbrados a agradecer y felicitar cuando los chicos colaboran y se portan correctamente, éstos sienten la disconformidad de los adultos que los tratan más fríamente, como un castigo. Sin embargo, hay padres que le prestan más atención y reaccionan con más "elocuencia" frente a los gestos agresivos que ante los comportamientos normales.

Dar oportunidad al éxito de los muchachos

Mucha agresividad nace de la frustración. Un chico con una sana autovaloración y lleno de seguridad, no tiene necesidad de comportarse agresivamente.

Los padres y madres deben ser justos

Los pequeños son muy sensibles a la justicia familiar. Una "neblina" de ley y de orden en la casa, evita impulsos de discusión y de batalla.

Dar el buen ejemplo

Cuando los padres y madres gritan e insultan, renuncian en los hechos a su propia posición de guías maduros, y descienden al mismo plano del chico rabioso. A veces gana el que grita más y por más tiempo.

Presentar ideales, metas

Es importante hablar a menudo con los hijos e hijas sobre sus sueños, sus gustos, sus ilusiones, sus esperanzas...

Favorecer la inserción en ambientes constructivos

El asociacionismo, en cualquiera de sus expresiones, ayuda a los chicos a redescubrir "el placer de estar juntos".

Vivir de esperanza, no de ilusión

Esta fue la norma que siguió don Bosco durante su vida; su fe le movía a obrar contra toda esperanza, le impulsaba a tener una confianza sin límites en la divina providencia, amando lo que esperaba, porque lo esperaba con fe.

- Fe en sus jóvenes, en quienes bajo una lastimosa situación de orfandad, miseria, brutalidad, descaro e ingratitud, resplandecía un alma digna de todo cuidado y adornada con mil posibilidades ignoradas o no cultivadas;
- Esperanza en el desarrollo de sus propias cualidades, físicas y morales, para lo que no regateó esfuerzo alguno. Tanta esperanza la sumó a su capacidad de amar.
- Amor, para crearse, madurar y proyectarse sufriendo, -cuando el guión de la vida lo exigía-, trabajos y oprobios, porque ponía la esperanza en Dios.

Su larga vida de setenta y dos años fue, cierto, una vida de éxitos humanos, educativos y pastorales, de reconocimientos en la Iglesia y en la sociedad, pero fue también una entrega continua -calvario a veces- de sufrimientos, oprobios e incomprensiones a favor de la juventud.



Cada día, una gran oportunidad

Al despertar nos encontramos varios caminos: el de la sonrisa y optimismo, o el de la rutina, la resignación, queja... y al mirar al calenda-

rio, por qué no decir: en este día puedo ser protagonista del bien, de la belleza, de la verdad... y al mirarnos al espejo, decirnos: cuanto más sonrío y más bien haga, seré más saludable y hasta más guapo (a).